

## DESAFÍOS DEL DESARROLLO

**E**L 13 DE ABRIL DE 2017 el ejército de Estados Unidos usó por primera vez en combate el GBU-43/B, popularmente llamada Madre de Todas las Bombas o MOAB, que, aunque existe desde 2003, nunca se había utilizado. Se “estrenó” en Afganistán sobre un complejo de túneles construido por el llamado Ejército del Estado Islámico, tan conocido por sus crueldades con prisioneros de guerra, minorías y mujeres. Con once toneladas de explosivos, la bomba funciona de doble manera. Por una parte, es un gigantesco mazo de fuego que hace colapsar e incendiar cualquier cosa que se encuentre a kilómetro y medio del sitio donde cae. Por la otra, consume todo el oxígeno y crea un enorme vacío, que literalmente extrae el aire de sus víctimas y destruye sus pulmones. Ahora que ya se “estrenó”, es de esperar que se use en otros escenarios.

Si nosotros los “tercermundistas”, que al menos nos hemos comprometido a no jugar con lanzallamas, no damos un paso adelante y tratamos de crear una unión que presione por la cordura y llame a la resistencia frente al peligro común, no podemos contar con que nadie más lo haga.



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

La MOAB es la bomba no nuclear más destructiva en el arsenal de Estados Unidos. Pero no la mayor del mundo. Ese récord les corresponde a los rusos, que aparentemente tienen ya al Padre de Todas las Bombas (FOAB, en inglés), una bomba termobárica varias veces peor, porque sus 44 toneladas de explosivos arden a una temperatura mayor y por más tiempo. Aun así, ninguna de las dos alcanza a tener la milésima parte del poder de la bomba que cayó en Hiroshima, y apenas tienen una millonésima del de algunas bombas de hidrógeno. Pero esto último en poco cuenta, porque las armas nucleares también se están mejorando.

Los rusos están desarrollando el RS-28 Sarmat, popularmente conocido como Satán 2, un misil capaz de destruir por sí solo un territorio del tamaño de Francia, Inglaterra o Texas. Estados Unidos, por su parte, quiere crear armas nucleares más pequeñas y con menor carga radiactiva, lo que quizá resulte aún más peligroso para el equilibrio nuclear. China hasta ahora ha sido quizás el más racional de los tres gigantes nucleares. Primero, porque mantiene un arsenal nuclear de “unos pocos cientos” de armas (entre Estados Unidos y Rusia pueden tener más de 14.000, aunque la cifra exacta es secreta); segundo, porque propuso y sigue la política del “No primer uso”: esto es, no usar armas nucleares antes de que alguien más ataque su territorio con armas nucleares; una política que, entre los países del “club nuclear”, solo siguen China e India. Pero las nuevas armas en desarrollo de

Estados Unidos (al parecer pensadas para usarse en campos de batalla, como fue usada la MOAB, más que para un intercambio nuclear a gran escala) pondrían tanto estrés adicional en la defensa china, que muchos dudan que esta renueve su compromiso con tal política.

Todo esto lleva a pensar hasta qué punto la civilización humana realmente avanza. Quienes éramos adolescentes o adultos a finales de los ochenta podemos recordar la sensación de alivio que trajo la caída del Muro de Berlín. Y no porque prometiese el fin de la Unión Soviética, sino porque auguraba el fin de la Guerra Fría. Hoy estamos en los inicios de una nueva carrera armamentista, pero con múltiples diferencias con la anterior. Ya no es una carrera que intente siquiera encubrirse en la lucha ideológica, sino que se hace por los motivos más antiguos de la guerra: territorios, influencia, recursos escasos, e incluso para evitar que algunos de dichos recursos dejen de ser escasos y bajen demasiado de precio. Tampoco se da en un vacío de información donde solo unos pocos pueden saber lo que pasa. Con internet el problema no es la falta de información, sino el exceso de ella, lo que hace difícil filtrarla y saber qué es importante, e incluso real, y qué no lo es. Además, como no se trata de una lucha ideológica, la mayoría de los aliados importan mucho menos. Por esto, si se siguen las reglas de juego tradicionales, al final sucederá lo que sea que decidan los gobiernos de las potencias nucleares, que no en vano son también quienes tienen poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU.

Hay, sin embargo, otra diferencia: hoy más de medio mundo pertenece a una zona libre de armas nucleares (ZLAN). La razón es que otras naciones han seguido el ejemplo que puso Latinoamérica en 1967 con el Tratado de

Tlatelolco, que hasta el día de hoy mantiene a nuestros países libres de armas nucleares. Las naciones de Oceanía y el Pacífico del sur firmaron su propio acuerdo de prohibición en 1985, Mongolia se comprometió en solitario en 1992, las naciones del sureste asiático firmaron el suyo en 1997, varias de las ex repúblicas soviéticas en Asia central lo hicieron en 2006, y los países africanos crearon en 2009 la que ahora es la zona habitada libre de armas nucleares más grande del mundo. Latinoamérica fue pionera en ello y buena parte de los otros tratados se diseñó a partir del nuestro. De hecho, fuimos los únicos por casi dos décadas, y el mexicano Alfonso García Robles recibió el Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos al respecto en 1982 (es decir, el mismo año en que otro latinoamericano de apellido García, pero colombiano, lo recibía en literatura). Pero solemos ser los últimos en enterarnos de que otros nos han imitado (de hecho, la página de Wikipedia sobre las ZLAN ni siquiera tiene versión en español o portugués, aunque sí en idiomas sin países participantes, como el sueco, polaco, coreano e italiano), pues hemos asumido que los países latinoamericanos siguen, no lideran. En nuestro caso, el desequilibrio en el juicio no se produce por falta de autocrítica, como en otras partes, sino por lo contrario. Aunque somos muy conscientes de nuestros propios problemas (desde la corrupción hasta la violencia y la inequidad), solemos ignorar nuestros logros (sobre todo por fuera del deporte) y los muy reales problemas de los países a los que seguimos e imitamos.

El Reloj del Fin del Mundo, también conocido como Reloj del Apocalipsis, es un reloj simbólico que maneja la junta directiva de una revista científica internacional publicada por la Universidad de Chicago, *Bulletin of the Atomic*

Scientists, fundada por científicos que participaron en el Proyecto Manhattan. Cuando el reloj se creó en 1947 marcaba las 11:50 p. m. por el nuevo peligro traído por las armas nucleares. A partir de entonces, cada año el reloj se adelanta o se retrocede de acuerdo con sí, a juicio de expertos, la humanidad se ha alejado o acercado a las 12 de la medianoche, que representa la extinción de la especie. Como nunca se ha eliminado el peligro de una guerra nuclear (y, en cambio, apareció otro gran peligro llamado calentamiento global), lo más que el reloj retrocedió fueron las 11:43 p. m. en 1991, luego de que Rusia y Estados Unidos se comprometieran a eliminar parte de su arsenal nuclear tras el fin de la Guerra Fría; mientras que el año en que estuvimos más cerca de la medianoche fue 1953, cuando el reloj llegó a marcar las 11:58 p. m., luego de que Estados Unidos usara por primera vez una bomba de hidrógeno. ¿Qué hora marca el Reloj del Apocalipsis en 2017? A pesar de que la Guerra Fría acabó hace más de un cuarto de siglo, nuestro año es el segundo en que el reloj ha estado más cerca de la medianoche (las 11:57 p. m. con 30 segundos). ¿Las razones? El aumento del nacionalismo, el peligro de una nueva carrera armamentista entre grandes potencias y la elección como presidente de Estados Unidos de una persona que ha hecho comentarios alarmantes sobre armas nucleares y niega la realidad del calentamiento global, aunque el país que gobierna sea el segundo que más contribuye al aumento de los gases de efecto invernadero luego de China.

¿Seremos capaces los humanos de impedir que el reloj avance los dos minutos y medio faltantes para la medianoche? Quién sabe, pero es dudoso que esta vez pueda hacerse sin un esfuerzo coordinado. Como puede verse con el reloj mismo, también en los países que pertenecen a lo que antes se llamaba “Primer” y “Segundo Mundo” hay mucha gente consciente del peligro. Pero allí también están las fuentes de los mayores riesgos que nos afectan a todos (desde la casi totalidad de las armas de destrucción masiva hasta la mayor emisión de gases invernadero). Incluso, gobiernos a los que probablemente pocos de sus ciudadanos considerarían modelos a seguir, como es el caso de

muchos en Latinoamérica y de otras “naciones menores”, parecen comportarse con mayor madurez frente al peligro de extinción, tanto en relación con las armas de destrucción masiva, como en la persecución de acuerdos por reducir el peligro del calentamiento global. Esto implica una paradoja de un tamaño tal que se abre la posibilidad de un nuevo paradigma. Hoy el llamado diplomático a la cordura, e incluso la resistencia frente a los riesgos de extinción, solo puede plantearse con coherencia desde países que tradicionalmente han ocupado un lugar secundario en la política global. Si queremos sobrevivir, importa poco que nos consideremos preparados para esto o no. Simplemente no hay adultos en el cuarto cerrado donde vivimos y varios de los niños más grandes están jugando con armas. Así que si nosotros los “tercermundistas”, que al menos nos hemos comprometido a no jugar con lanzallamas, no damos un paso adelante y tratamos de crear una unión que presione por la cordura y llame a la resistencia frente al peligro común, no podemos contar con que nadie más lo haga. Hoy, como nunca, la supervivencia de la especie muy bien puede depender de lo que el llamado “Tercer Mundo” decida hacer. ¿Lo haremos? ¿O callaremos (bien sea por miedo, conveniencia a corto plazo, o porque la subordinación es la postura que mejor conocemos)? Quién sabe. Al final, quizá la respuesta a esa pregunta sea tan difícil de predecir como si la humanidad misma sobrevivirá o no a sus años de infancia. ■

